

Elena Poniatowska
La Flor de Lis

© 1988, Elena Poniatowska
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: julio de 2023
ISBN: 978-607-39-0253-3

Primera edición impresa en México: julio de 2023
ISBN: 978-607-39-0224-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

La veo salir de un ropero antiguo: tiene un camisón largo, blanco y sobre la cabeza uno de esos gorros de dormir que aparecen en las ilustraciones de la Biblioteca Rosa de la condesa de Ségur. Al cerrar el batiente, mi madre lo azota contra sí misma y se pellizca la nariz. Ese miedo a la puerta no me abandonará nunca. El batiente estará siempre machucando algo, separando, dejándome fuera.



«La señora duquesa está servida». La señora duquesa es mi abuela, los demás también son duques. Los cuatro hijos: Vladimiro, Estanislao, Miguel, Casimiro, y sus cuatro esposas: la duquesa Alejandra, la duquesa Ana, la duquesa Constanza, la duquesa Luz. Diez duques y sus hijos los duquesitos, y mi hermana y yo las recién llegadas. Duque, duque, duque, duquesa. A la hora del café en la biblioteca, cuando el chef presenta el menú del día siguiente a la aprobación de la duquesa grande, los saluda en ronda: «*Bonsoir, chef*», salvo la más joven que se distrae: «*Bonsoir, duc*». Un duque más con su gran bonete blanco como el gorro de cocinero en los grabados de la condesa de Ségur.

Para llegar al comedor atravesamos un salón. En un cuadro enorme que ahora sé es de Hundercutter veo un pelícano, un guajolote, varios patos, perdices que cuelgan de un lazo, unas gallinitas de Guinea acebradas. En otro cuadro se asoma un mendigo. Los demás no me impactan, sólo ese mendigo con unos cuantos pelos en la barba y su expresión feroz e implorante bajo la frente vendada.

Alarga su mano velluda, me persigue, va a tomarme del cuello.

Frente a cada lugar el menú escrito con plumilla, los *pleins* y los *déliés* que habré de aprender más tarde en *l'école communale* y cuestan tanto trabajo porque al principio la gota de tinta es siempre demasiado gruesa, y ¿cómo se controla una gota de tinta, una gota de jugo, una gota en la barba, una gota que cae sobre la falda, una gota de sal sobre la mejilla? Ni mi hermana ni yo decimos pío. «*Children should be seen and not heard*», advierte mi abuela Beth. Es norteamericana, habla mal el francés, dice *la fromage*, dice *le salade*, dice *le voiture*. En la noche lee el *National Geographic Magazine*. Mi abuelo de bigotes colgados y entrecanos los limpia en un sillico que nos traen a la hora del postre. Lo imitamos, barremos con los dedos nuestro labio superior y la visita sonrío: «Parecen conejitos». Son pocos los visitantes a medio día. Si acaso uno o dos que se limitan a escuchar religiosamente al abuelo. Casi nadie habla, sólo él, mamá a veces. Para nosotras, lo principal son las buenas maneras: no dejar nada en el plato. Un mediodía mamá olvida cortarnos la carne, a Sofía mi hermana y a mí. El *maitre d'hôtel* cambia los platos y se lleva los nuestros intactos. Después ríe de su olvido, la oigo reír, me gusta su risa, su boca sobre todo.



El agua está muy caliente, nunca ha salido así, pero me meto, que no note nada. Aquí viene, sonrío, me va a sonreír a mí.

Entre sus dientes hay una abertura.

—¿Está buena su agua?

—Sí.

—¿Así la acostumbra?

—Sí, sí.

Se acerca a mí. Sobre el borde de la tina apoya sus manos. Me fijo en la izquierda. Con destreza se quita del anular un tubito de gamuza *beige* amarrado a su muñeca. Y veo. Veo su dedo mocho; apenas el inicio de un dedo. Deja el parche de gamuza sobre el lavabo y sonrío por segunda vez y de nuevo relampaguea la abertura entre sus dientes frontales.

—Le voy a tallar la espalda y el cuello...

—Yo puedo, *Mademoiselle*.

—No, no puede.

—Le aseguro que puedo.

—No, Mariana.

El dedo mocho, el dedo mocho, el dedo sin ojo, el gancho, el dedo tuerto, sin luna blanca.

—Páseme el jabón y el guante.

—No los tengo.

—Están a sus pies, los veo adentro del agua. Apúrese, no tengo tiempo que perder.

Extiendo el brazo con docilidad. Al salir me envuelve en una enorme toalla blanca con capuchón.

—Séquese usted misma, eso sí puede hacerlo.

No me seco, tiemblo. *Mademoiselle* va por mi hermana.

Entre tanto se vacía la tina en un ruido de remolino; también quisiera irme, así como el agua, de un solo jalón. *Mademoiselle* regresa:

—No encuentro a su hermana. En verdad es desobediente. Séquese, por favor, póngase su camisón y su bata.

El baño de Sofía es una tormenta. Rasguña, pateo, el agua va y viene y la oigo estrellarse sobre el piso de mosaico. «¿La piedra pómez?», inquiera *Mademoiselle* y Sofía aúlla en medio de los ajigolones: «¡Nounou, Nounou!». Los sollozos se clavan en las olas. ¿Estará ahogándose a propósito? La

Mademoiselle ha cerrado la puerta del baño para apagar los gritos. Por fin salen las dos, la *Mademoiselle* agitada, con mechones sobre la frente, Sofía enrojecida de tanto gritar. Yo también tengo toda el agua de la tina en los ojos; escurre y escurre y no puedo cerrar la llave.

Mademoiselle finge no verlo; si lo ve, piensa que es pedagógico no darle importancia. Toca el timbre.

—Les van a subir su cena.

Nounou jamás lo habría hecho; bajaba a la cocina a verificar el contenido de las charolas, a palabrear con el chef, era amiga de los demás *domestiques*, antes de la cena nos regalaba aquel ratito de juego en bata.

Entra el *maître d'hôtel* con las dos charolas y las coloca en la mesa redonda en la que también extendemos nuestros rompecabezas de muchas piezas de madera que Sofía quiere hacer embonar a fuerza martilleándolas con la palma de la mano: «Allí no va, Sofía, ¿que no estás viendo?», «Sí va, sí va porque yo quiero que vaya». *Mademoiselle* levanta las campanas. Ayer ése era nuestro privilegio. Con el brazo todavía en el aire indica:

—Traiga usted también mi charola. La señora duquesa ha dado órdenes para que tome mis alimentos con las niñas.

Sofía grita:

—¿Comer con nosotras? ¿Por qué? ¿Por qué? ¡No es justo! —Patalea, se jala el pelo, *Mademoiselle* la mira, el *maître d'hôtel* se da la media vuelta y trae la charola en un santiamén. Sofía deja caer sus mocos en la sopa, hace un ruido desmedido. *Mademoiselle* advierte:

—No quisiera verme en la necesidad de tener que castigarla la primera noche de mi llegada.

Las tres comemos o hacemos que comemos. *Mademoiselle* Durand ya no habla. También se ve triste. Le esperan

tantos días de: «Sofía, tome usted su cuchillo con la mano derecha. Mariana, no se meta los dedos a la nariz; niñas, pónganse los guantes, no azoten las puertas, niñas flojas, niñas ajenas, niñas ajenas, niñas ajenas...». Sofía me lanza furiosas miradas negras. Yo me aborrego. «¿Qué culpa tengo yo, Sofía, de no tener la fuerza de dar de puntapiés contra los muebles?». *Mademoiselle* pregunta solícita, haciendo un esfuerzo:

—¿Quieren que les cuente una historia?

Sofía grita:

—¡Noooooooooooo!

—¿Y usted, Mariana?

Se vuelve hacia mí en busca de apoyo pero la traiciono. Además, ¿qué historia puede contarnos? La única que me interesaría es la de su dedo mocho, pero soy demasiado miedosa para pedírselo.

—No, yo tampoco.

—Entonces vayan a lavarse los dientes y prepárense porque falta poco para que la señora duquesa venga a darles las buenas noches.

Sofía se indigna:

—Nounou nunca nos hace lavarnos los dientes en la noche.

—Nounou era una mujer del campo —dice en tono seco *Mademoiselle* Durand.

De pie frente a la ventana, hombro con hombro Sofía y yo vemos cómo afuera se oscurece el jardín.

—La señora duquesa se ha demorado, métanse ustedes a la cama: antes digan sus oraciones.

—Mi mamá nunca es puntual —le informa Sofía.

Nos quitamos las batas, rezamos en voz alta, poquito, muy poquito. Me cuelo entre las sábanas frías. *Mademoiselle* nos mira con timidez; no sabe si acercarse, si darnos las

buenas noches, si apagar la luz, si estirar las sábanas para que no nos destapemos. Las tres estamos tensas y ella se ve descorazonada, los brazos le caen a lo largo del cuerpo con su ridículo dedo mocho pirateado dentro del falso dedo de gamuza *beige* (ese parche lo recortó de un guante viejo, pienso con sorna). Hace frente, sola, a la cruel hostilidad de la infancia. Nos miramos en silencio, dos pequeñas gentes y una grande, y en el desierto de nosotras tres oigo la voz, su voz de campana en el bosque; su rumor de bosque avanza por el corredor. Apresurada, empuja la puerta como suele hacerlo, con todo su cuerpo, de modo que la puerta la enmarca; cuadro viviente de sí misma.

—¿Ya se durmieron, niñas? ¿Se portaron bien? ¿Le han obedecido a *Mademoiselle Durand*?

Revolotea, su vestido barre el suelo, pregunta a los cuatro vientos con sus ojos de cuatro vientos; baila sin querer para nosotras unos *glissandos*, unos *entrechats*, hace una pirueta, gira:

—Pero, ¿qué caritas son ésas? ¿Qué les pasa a mis niñas gruñonas? (Gruñe ella misma). ¿Están de mal humor? ¿Qué prisa tengo, Dios mío! Es tardísimo, me va a matar Casimiro. ¿Cenaron bien? (No espera las respuestas). Me tengo que ir, adiós, mis chiquitas. Buenas noches, mis amores. ¿Tomaron sus medicinas? Si no, deben estar apuntadas en alguna parte, allí debe haberlas dejado la nodriza para que usted sepa, *Mademoiselle*...

Sofía grita:

—¡Nounou, Nounou, quiero a mi Nounou!

—... Sofía, ya no era posible, Nounou las estaba pudriendo.

Va hacia su cama, la besa, luego vuela hacia mí y se inclina; veo sus pechos muy blancos, redondos, de pura leche, su piel de leche blanquísima, su perfume, el pelo que

cae como una rama de árbol sobre mi cara fruncida, su cuello, oh, mi mamá de flores, me besa rápido llamándome «mi myosotis» palabra que guardo en mi mano y con una voltereta le indica a la institutriz:

—Venga usted conmigo, *Mademoiselle*, y en la escalera, mientras bajemos, le daré algunas indicaciones.

Oigo su voz a lo lejos. El vestido sigue barriendo el corredor. Se cierra una puerta. Me quedo sola con el nomeolvides aprisionado latiendo uno, dos, uno, dos. Sus pequeños pálpitos azules.



Mademoiselle Durand, me dice:

—Cuando sepa, se irá a esconder a los rincones a leer.

Inclinada sobre el libro, no entiendo nada, pero me acucillo en un rincón y finjo, para que me quiera.



Vamos a La Baule de vacaciones, con *Mademoiselle* Durand y su pedacito de dedo cubierto por una gamuza de distinto color, que amarra con tiras a su muñeca. Todos los días castiga a mi hermana, la priva del postre que nos sirven en una esquina del comedor vacío. Los manteles son tan tiesos que creo que todas las mesas van a salir volando por la ventana; el grano de la tela blanca es grueso como la arena, me gusta sentirlo entre el pulgar y el índice. Un helado *praliné* con la galleta que lo acuchilla en una alta copa de plata perlada de frío. Me gusta encontrar con la lengua los trocitos de avellana. Mi hermana no dice nada, nos mira comer. Es rebelde. Se negó a tirar la bacinica de la *Mademoiselle*. Yo sí voy y la tiro al fondo del corredor en el que está el excusado del piso. Tiro las nuestras. Tiro la suya. Hago todo, con tal de que me quiera. A mí no me da

cachetadas; a mi hermana, siempre. Mi hermana avienta cuchillos con los ojos, se le ennegrecen, a los míos les falta color, son azul pálido como los de las nodrizas. Mi hermana tiene un carbón caliente en cada cuenca. Entra pisando a la española. Mamá la viste de andaluza para la fiesta de disfraces. A mí, de holandesa.

A la playa salimos con palas y cubetas de fierro. Hacemos patés. Llenamos las cubetas de arena y las volteamos. Nos metemos al agua en calzones blancos *petit-bateau*. El mar llega dulcemente, lo recibo de rodillas. El agua salada en los ojos. A través del agua la veo a ella, su sonrisa, su aire de distracción. Quisiera abrazarla. Se me deshace en espuma.



En torno a los árboles de la *rue* Berton y a lo largo del Sena han puesto rejitas para que se canalice el agua. ¡Ah, cómo me fascinan esas rejitas! Del Sena no tengo recuerdos sino hasta más tarde; lo que sí tengo presente es que la *rue* Berton baja hasta el Sena y eso me gusta mucho: puedo correr con todas mis fuerzas hasta la esquina donde debo esperar a la *Mademoiselle* y a mi hermana. «*Vous avez encore marché sur une crotte*». Eso es lo malo de las calles, están llenas de cacas de perros que se pegan a los zapatos, por eso los franceses dicen «*merde*». En la recámara, a la hora de la siesta, mi hermana sugiere:

—¿Jugamos a los perros?

Hacemos una caquita aquí y otra allá, a lo que alcance, a cubrir la alfombra. Luego nos dormimos, cada una en su cama de barrotes. Entra *Mademoiselle* Durand y grita:

—Esto sí que va a saberlo su señora madre. Levántelo usted —le ordena a mi hermana—. Y usted, vaya por agua y jabón —me ladra.

Quisiera que no nos hablara de usted, que nos abrazara de vez en cuando, pero mi hermana dice que qué me pasa, que somos duquesas.



Nounou se fue con toda su ropa blanca almidonada, su sombrero de paja para el sol, redondo como su cara y nuestras caras de niñas, sus medias blancas, su regazo de montaña, sus pechos de nodriza, sus pañuelos de batista siempre listos para sonar alguna nariz fría, los bolsillos de sus amplísimos delantales-cajas de sorpresa: un hilo, una aspirina, dos liguitas, su llavero, un minúsculo rosario de Lourdes, un caramelo envuelto en papel transparente, un centavo. Dejó tras de ella la libreta negra, común y corriente, de pasta acharolada, duradera porque así las hacían antes, ahora son de cartón o de plástico pero no ahuladas brillantes como el ónix. Así como las costureras apuntan las medidas: busto, cadera, cintura, en esa libreta Nounou anotó a lápiz con letra aplicada de escolar que no terminó el primer ciclo cómo hacía crecer día a día a dos niñas, dos becerritas de panza, dos pollos de leche, dos terneras chicas, dos plantas de invernadero, dos perras finas...

«... Recibí a bebé Mariana el 21 de mayo. Bebé pesa tres kilos. Toma tres onzas de leche cada seis horas».

Nounou consigna el peso de en la mañana, el peso de en la noche. ¡Cuánto trabajo debió costarle pesar en las antiguas básculas con sus distintas pesas en inglés ese bulto de carne! Con qué honestidad anotó también cada vez que el globo humano se le desinflaba.

«Asoleo a bebé durante diez minutos: cinco sobre la espalda, cinco sobre el vientre».

«Toma una onza de agua de Vichy».

Consigna el inicio de la manzana rallada, el plátano machucado, los *porridge* a base de trigo. Expone los remedios aplicados; sinapismos, cataplasmas de mostaza, baños de pies en agua caliente, ungüentos de limpieza: aceite de almendras dulces, agua de rosas y hamamelis, los sarpullidos, los baños de esponja.

Trece meses más tarde anuncia:

«Recibí a bebé Sofía el 27 de junio. Bebé pesa cuatro kilos. Toma tres onzas de leche cada seis horas».

Durante siete años, día a día se ceban las perritas, engordan las cochinitas, se van trufando las gansitas, se les hacen hoyitos en los codos y en los cachetes, llantas en las piernas; tienen papada, sus pies son dos mullidos cojines para los alfileres; pesan tanto que sólo Nounou las aguanta. Tambaches de proteínas, de agua, de leche enriquecida, de grasa blanda como mantequilla civernesa, de crema espesa de vacas contentas, de jamón de Westphalia, *petit-suisses*, quesos crema, todo ello para que las dos muñecas de yema de huevo y de azúcar caramelizada se liberen de tanta bonanza, vaciándola sobre la alfombra de la *nursery*.

—¿Por qué no lo dijo antes, Nounou, o está criando cerdos?

Confunde la *nursery* con una porqueriza.

—*Merde!* —gritó mamá sin darse cuenta—, Nounou, usted me ha desilusionado. —Entre la *merde* que propiciaba Nounou y la que inconscientemente invocaba mamá, la primera era la que perdía. Nounou tendría que irse.

La fijación escatológica no nos la quita ni *Mademoiselle* Durand. Veinte años más tarde. Sofía habrá de explicar la defunción del tío Pipo.

—Fue una buena muerte. El pobre de mi tío Pipito hizo su popito y se murió.



Nos organiza nuestra pequeña vida, nos saca al aire, la *promenade*, le llama. Nos abotona el vestido, el suéter, el abrigo; en París hay que abotonarse muchos botones. Luego la bufanda, la gorrita que cubre las orejas. «*Il faut prendre l'air*». Levanto los brazos. «Usted debe respirar. Aprenda a inhalar, a exhalar. Camine derecha». Veo la calle gris, el frío que sube del Sena al cielo gris, las piedras del pavimento y las rejillas. Con un palo escarbo entre ellas para sacar la tierrita, las hojas muertas, las del año pasado, del antepasado. «Camine, ¿qué está usted haciendo allí?, ¿por qué se agacha?». Mi hermana corre sobre sus piernas largas, a ella no le dice ni que respire ni que eche para atrás los hombros. Mi hermana la ignora. Ignora incluso a mamá cuando comenta: «Estás verde, pequeña verdura. Un ejote. Eso es lo que eres». Pasa a través de todos, yo me atoro, en cada trueno dejo una hebrita.

—¿Quieren caminar por los muelles?

La miro con sorpresa. Nounou nunca nos llevaba al Sena. Le daba miedo el agua, los *clochards* que salían de unos agujeros negros, el moho. «El gran aire del mar es demasiado fuerte para ustedes». Creía que toda el agua proviene del mar y que el Sena era un pedazo de Mediterráneo que atraviesa París. De allí los peces y los pescadores, los barcos, las *péniches*. «Con razón, no hay nada más grande que el mar».

Sofía regresa hacia nosotras.

—Al Sena, al Sena, yo seré el capitán y tú el barco.

Otra vez se coge de mi pobre martingala.

—Sofía, deje en paz el abrigo de su hermana, le arranca la martingala. Y usted camine a buen paso, si no de nada sirve el ejercicio. ¿En qué está pensando? Eso lo quisiera

saber. Jale sus calcetas, por favor, como las de Sofía. Al menos su hermana trae siempre todo en su lugar.

—¿Podemos bajar las escaleras?

—Sí, claro.

No es el ruido que viene del mar pero sí el del agua que se azota contra las márgenes, un agua gris como los muros grises, como los adoquines grises, como el aire gris y blanco, mate. Los barcos se ven negros, negra la gente que pasa, negros los tilos. Amo los fresnos. Amo los tilos a pesar de la tisana; a lo mejor no tienen nada que ver con el té de tila.

—¿Puedo acercarme al borde? —pregunta Sofía.

—Sí, claro, ya está grande.

No es creíble. Sofía de plano va y mete su manita enguantada dentro de la mano del dedo mocho de *Mademoiselle*. Le jala el brazo para caminar más aprisa, acercarse juntas. Ya traicionó a Nounou: no ha pasado ni la quincena y ya la traicionó. Me sobrecoge el miedo. Nunca he caminado al ras del Sena, siempre lo he visto desde arriba, al cruzar el puente Solferino, el des Beaux Arts, el Mirabeau. Sobre los muros enmohecidos ha dejado el Sena las huellas de sus crecidas, esas subidas altas y atronadoras que hacen que los paseantes se alejen temerosos al verlo retumbar entre los márgenes que ya no logran contenerlo. Bajo el puente está marcado el nivel del río; una raya honda sobre del agua que advierte: «Hasta aquí puede subir». Más arriba arrasará con puentes y llegará hasta los árboles, las banquetas, nuestra casa. Y entonces... se hará el mar, el Mediterráneo de Nounou.

Sofía y *Mademoiselle* caminan de la mano. Sofía ha recogido una vara seca y la mete en el agua. Avanzan y la vara las sigue. Nounou tendría un síncope. A lo mejor han traído a la institutriz para matarnos, eso decía hace sólo dos noches Sofía, a quien mamá llama «*Miss Catastrophe*»

porque siempre está dando malas noticias. A lo mejor va a echar a Sofía al Sena y luego a mí. Mi hermana conversa con *Mademoiselle*, es ella quien le dirige la palabra, cochina, traidora, creo que la va a tomar de la cintura. Para colmo de males mi hoja de fresno sacada de la rejilla está quebrándose de tanto triturarla. Quisiera juntar muchas hojas como las que la abuela Beth conserva en un libro que no entiendo. Ese libro huele a árbol. ¿Dónde habrá otra rejilla aquí abajo? Busco y sólo veo el agua gris, más alta que yo, más gorda que yo, más vasta que yo, más fuerte que yo. A lo lejos despunta un barco con chimenea. Avanza meciéndose. *Mademoiselle* también se vuelve a verlo y me ve a mí. Me llama. Tengo ganas de correr hacia ella; que me abrace, que me diga que no es nada. Hace un gesto con la mano, la señal en lo alto de que me acerque, su guante parece cuervo. Nounou, Nounou, voy a ir, Nounou, voy a ir con ellas, Nounou, siento miedo y todo esto es grande, grande.



Al regresar, vamos desabotonando lo que antes habíamos abotonado. Lo más difícil es quitarse las galochas de hule, tan apretadas sobre los zapatos. Con razón algunos miembros del Travellers Club se enamoran de la *demoiselle du vestiaire*. Ha de quitarles las botas después del abrigo.



En Vouvray, escuchamos las noticias del frente por la radio; en el rostro de la gente grande vemos si son malas. Estamos en guerra. Yo nunca he visto a un alemán. Tampoco a mis papás. Hace mucho que Sofía y yo no los vemos. Andan vestidos de hermanos, los dos de kaki, con gorras iguales. Se quedaron en París en plena zona ocupada. Oímos

todo el día la palabra *ocupación*. *Mademoiselle* Durand también se quedó. Ahorita mismo ha de estar caminando por la ciudad llena de uniformados, con sus boletos de racionamiento en la bolsa. No sé ni cuándo dejó de estar con nosotros.

—Sofía, ¿te gustaría verla?

—Prefiero un alemán.

Mademoiselle nos llevó a la nieve; las fotos lo comprueban: las tres tomadas de la mano sonreímos en traje de esquí, ella se acuclilló hasta quedar a nuestra altura. Le sienta bien el sol. Sofía tiene unos anteojos negros pegadísimos a la piel como los de un motociclista, parece un pájaro flaco de las especies que consigna la *National Geographic Magazine*. Creo que esa foto la tomó papá en uno de los fines de semana en que subía a vernos a la montaña. En otra foto se ve guapo, de bigote, deslizándose sobre la blancura deslumbrante. Mamá dice que *Mademoiselle* Durand metió a Sofía en cintura, que es la única persona que pudo con su carácter indomable. Un día vi a Sofía sentarse pegadita a *Mademoiselle*, a modo de poder frotar su cabeza contra su hombro. ¿Se estaría rindiendo? Ahora asegura que la odia, que sólo recuerda los golpes, pero no es cierto, en el fondo las dos somos llevadas por la mala. *Mademoiselle* lo intuía o quizá nos malacostumbró.

Después, fue a dejarnos a Vouvray. No reconocimos el Clos Baudoin. Habían pintado las ventanas de azul.

—Es por los bombardeos nocturnos. El alcalde lo ordenó. Así podemos prender las lámparas sin temor a los aviones —explicó Raquel, la cuidadora.

De día, esas ventanas parecen parches deslavados. En Vouvray pierdo el rastro de *Mademoiselle* Durand, simplemente no amanece. La guerra cambia las vidas. No se me graba escena alguna de despedida, porque mamá, de un

día para el otro, viene a vivir con nosotras, dulce, inalcanzable como el agua dulce que cae del cielo. Se mezcla con la lluvia finita de Vouvray tan delgada que apenas se ve. Me da una angina de pecho: una cataplasma de antiflogestina reemplaza a otra. Qué euforia la calentura. Parece que voy a disolverme entre las sábanas. Por la ventana veo caer una cortina de chorritos de agua, gota a gota; a través de un vidrio impalpable veo a mamá, longilínea, de cara al cielo con toda la lluvia cayéndole encima, dulce mi mamá de agua. Extiendo la mano para secar su rostro empapado. No la alcanzo.

—Esta niña amanece bañada en sudor. No me reconoce. Tiene el rostro vuelto hacia la ventana. Doctor, creo que este clima no le sienta; va a acabar en los huesos.

Una noche llega papá. Escucho sus botas sobre el mosaico de la cocina y luego las veo vacías secándose cerca de la estufa. Viste de kaki pero tiene una bufanda de civil alrededor del cuello. Habla de la falta de gasolina; se ha visto obligado a tomar el tren, él, que siempre maneja. La vida es cada vez más difícil, «¿Qué comen?», nos pregunta.

Sofía juega a columpiarse sobre el portón negro y pesado de la entrada. Sola, empuja el batiente con un pie, se trepa rápido, se deja venir para saltar justo en el momento de la cerrazón. Nadie le dice nada o, si se lo dicen, no vuelven a repetírselo. En tiempos de guerra no puede prestársele tanta atención a las niñas. Escasean los *brioche*s, escasean los pollos, escasean las papas, escasea el azúcar, escasean los papás. Sofía anuncia con voz de trompeta de Jericó.

—En toda Francia no queda una sola institutriz.

Poco después entra aullando con el brazo que cuelga miserablemente. No está roto; los ligamentos se han desgarrado. En los días que siguen, el brazo toma todos los colores de Vouvray; azul como los viñedos que se alinean

en torno a la casa, morado como las hojas de parra, café de tierra, el mismo amarillo terroso de las cuevas en las que vive la gente. Raquel y su familia comparten el sótano caliente y oscuro donde se apilan los vinos. Vouvray es una sola cava y sobre su cabeza crecen como cabellos bien alisados hileras e hileras e hileras de vid. En el brazo de Sofía se dibujan paisajes, cielos oscuros antes de la tormenta, la grisura del Loire ancho y fuerte, los castaños pelones, nuestra casa encima de las cuevas, las calles por donde vamos a la escuela, el castillo de Valençay, la avenida que tomamos para ir a ver a Francis Poulenc una tarde en que nos tocó el piano y nos llamó: «Mis vecinitas». El brazo de Sofía se entinta con la preocupación de mamá. En la escuela pesco varicela y mamá, que ha conseguido unos bonos de gasolina, nos sube al coche:

—Díganle adiós a Raquel, nos vamos al sur, a la casa de los abuelos.

Allá se respira el Mediterráneo.